

RESPIRAR POR LA HERIDA: LEOPOLDO DE LUIS

Antonio José Mialdea Baena

Respiro por la herida.
Por esta viva herida de mi muerte;
por esta mortal llaga de mi vida
que años y sueños y fracasos vierte.
Respiro por la herida este aire triste
empapado de humana pesadumbre.
Y un claro viento insiste
contra muros de tedio y de costumbre.

Se podrían encontrar otras, quizás muchas, pero creo que no mejores palabras, versos que pudieran definir la poesía de nuestro tristemente desaparecido Leopoldo de Luis. RESPIRAR POR LA HERIDA, por la propia herida de su muerte, por la propia herida de su vida. Todos tenemos algún texto, ¿verdad?, que preside la cabecera de nuestra cama, o que tenemos pegado en el ordenador, o, incluso, como es mi caso, pillado con alfileres labilísimos en alguna esquina del alma.

Este fragmento del poema “Aunque sigue la voz”, texto que como os digo preside una de mis esquinas, no puede explicarse suficientemente bien sin saber, porque así fue, que Leopoldo de Luis puede ser considerado, junto a Jorge Guillén y a Gerardo Diego, uno de los lectores más competentes de la poesía del místico de Fontiveros Juan de la Cruz. Buena prueba de ello, si es que se necesita, podemos encontrarla en el volumen que publicó allá por 1992 titulado *Aquí se está llamando* que recuerda los versos sanjuanistas de *La Fuente*: “aquí se está llamando a las criaturas/ y desta agua se hartan, aunque a oscuras/ porque es de noche”.

Sólo quien ha comprendido y ha hecho suyos versos como “¿Adónde te escondiste./ Amado, y me dejaste con gemido?/ Como el ciervo huiste,/ habiéndome herido;/ salí tras ti clamando, y eras ido” o esotros que dicen “Descubre tu presencia/ y máteme tu vista y hermosura;/ mira que la dolencia de amor,/ que no se cura,/ sino con la presencia y la figura”, puede detenerse en la propia herida de sus días para respirar por la misma llaga que propone Leopoldo Urrutia de Luis en este fragmento de su poema, tan propio de una España pesimista sumida en la posguerra, que lentamente fue, y va, e irá cicatrizando sus heridas aún abiertas; pero tan cargado, tan armado de futuro, que no hay mejor forma de describir la expresión poética sino como lo hizo nuestro Leopoldo: respirar por la herida. La palabra grita cuando la hieren y se convierte, como tú tantas veces dijiste, “en la única palabra cuerda”, en la única palabra con sentido en medio de tanto muro de tedio y de costumbre. El aire está triste, Leopoldo, el aire está triste porque te has ido tan en silencio, tan de puntillas como han afirmado quienes te han visto entregar el último aliento, el mejor de tus versos.

Leopoldo Urrutia de Luis, poeta, editor y crítico español, nació en Córdoba en 1918. Después de estudiar Magisterio en Valladolid, se instaló en la capital de España donde colaboró activamente en las revistas *Garcilaso*, *Espadaña*, *Cántico*, *Ínsula*, *Poesía Española*, *Papeles de Son Armadans* y *Revista de Occidente*.

Está considerado como uno de los más valiosos representantes de la poesía social de la posguerra. Su primera obra poética, *Alba del Hijo*, fue publicada en 1946. A esta obra le siguieron *Huésped de un tiempo sombrío* en 1948, *Juego limpio* en 1957, *La luz a nuestro lado* en 1964, *Igual que guantes grises* en 1979, *Una muchacha mueve la cortina* en 1983 y *Del temor y la miseria* en 1985, entre otras, hasta reunir una treintena de títulos poéticos.

Obtuvo, entre otros galardones, los premios *Nacional de Literatura* en 1979, el *Ausias March*, el *Francisco de Quevedo*, el *Pedro Salinas* del Ateneo Español, el *Internacional de Poesía Miguel Hernández*, el premio *Pablo Menassa de Lucía* por su libro *Generación del 98* y el Premio Nacional de las Letras Españolas 2003. Sólo unos días antes de morir recibió, a través de su hijo, el también poeta y profesor de Literatura Jorge Urrutia, la Medalla de Oro de la ciudad de Córdoba.



Jorge Valdivia,
"Ofrecimiento II"